

JESUCRISTO, HIJO DE DIOS HECHO HOMBRE

§ 144

Estado de la cuestión

1. Cuando se pregunta por la más íntima *esencia del Cristianismo*, sólo cabe una respuesta: es Jesucristo. En El Dios mismo entra en la historia humana; ha tomado sobre sí el destino humano, se ha hecho responsable de él y así le ha superado (Guardini). En El, Dios se ha inclinado hacia la humanidad, para elevarla hacia sí. Toda otra cosa que pueda llamarse parte constitutiva del Cristianismo—su doctrina, sus preceptos éticos, su liturgia, los sacramentos—, es cristiana por ser realización, exigencia o actualización de la persona de Cristo y sólo en cuanto es tal. No hay doctrina ética o culto cristiano, que no se refiera a El. La doctrina es actualización e interpretación de sí mismo; la moralidad es imitación de Cristo; el culto es participación en la glorificación que El hace al Padre. El lo es todo: es el centro vital del que todo fluye y en el que todo desemboca; todo lo que se ha creído, enseñado, exigido, hecho, rezado y sufrido, en la Iglesia, lleva su signo. Según esto *ser cristiano* es lo mismo que estar *en comunidad con Cristo*, reconocerle como Señor, participar de su vida. El Sí a sus palabras, la obediencia a sus mandatos, tienen cuño cristiano en cuanto expresan un sí a El mismo.

El ser cristiano es algo muy distinto de ser partidario de Sócrates y Platón o de cualquier otro fundador de religiones. Es budista el que sigue el camino de Buda, socrático, el que acepta la doctrina de Sócrates; pero cristiano sólo es aquél que se entrega a Cristo: el ser cristiano está fundado en Cristo. La vida de Cristo es, sin duda, única e irrepetible; no está en el aire como un mito sobre el transcurso de la historia del Cristianismo, sino que se hace y realiza en un tiempo histórico exactamente circunscrito. Y, sin embargo, sólo es cristiano aquél que en su aquí y ahora participa de la vida y muerte de Cristo. Este es el misterio del cristiano: el ser uno con Cristo, y, sin embargo, no perderse a sí mismo, sino ganarse en El.

San Pablo caracteriza este modo de existencia como un *ser en Cristo y con Cristo*. Tal ser se instaura en el bautismo. Después el hombre crece con Cristo a través del dolor y de la muerte hacia la transfiguración; está metido de lleno en el ámbito de su muerte y Resurrección. El yo del bautizado está dominado y formado completamente por el Yo de Cristo. En el tratado de la Gracia se explicará más detenidamente qué significa este modo de existencia. Si existencia cristiana significa el *ser uno mismo* en Cristo y el ser de Cristo en nosotros, el hombre en el Bautismo queda indisolublemente unido a Cristo. La unión con Cristo es indestructible. A pesar de todos los esfuerzos por separarse de Cristo, el bautizado siempre tendrá el carácter de su pertenencia a Cristo; aunque escoja el modo de existencia de los condenados, jamás volverá a separarse del todo de la comunidad con Cristo.

2. Surge la cuestión de si el hombre *puede soportar esta perduradera e íntima proximidad de otro*, de si puede resistir el que no le queda ya un espacio reservado para él sólo, de si el humano orgullo o mejor, la natural autoconciencia del hombre, no debe rebelarse contra ese completo imperio de otro yo. ¿Cómo y quién debe ser aquél, con quien es posible una unión tan indisoluble, tan profunda y tan completa, sin que se pierda la personal mismidad y la conciencia de sí dada con ella? Hay que convencerse de que Cristo no nos domina y manda como un extraño, sino que lleva hacia la plenitud eso más íntimo de nosotros, esa mismidad nuestra más profunda, escondida y oculta para nosotros mismos, al llevarnos hacia Dios. Cuando preguntamos, pues, quién es, comprometemos mucho más que al preguntar por otras figuras históricas y lo hacemos con mucha más seriedad que cuando pretendemos saber las fuerzas y poderes que forman nuestro propio destino: preguntamos

por El con la urgencia de quien intenta penetrar y comprender la propia existencia. Cristo no está como una figura de santo en un remoto pasado histórico, sino en nuestra misma actualidad como fundamento vital y configurador; de tal manera, que encontramos nuestra propia mismidad gracias a su fuerza activa, gracias a su *dynamis*.

3. Desde esta significación de la persona de Cristo para nuestra salvación *se hace también patente la íntima unión entre El y su obra*. Siempre ocurre que la obra es *expresión* del hombre; pero nadie se compromete del todo en ella y la obra puede durar, aunque su creador sea desde hace mucho polvo y ceniza o aunque ya no se declare partidario de ella. Cristo, en cambio, *es su obra*; en El apareció la vida; El es el amor de Dios, que irrumpe en la historia humana. Quien se abraza a El, se abraza a la vida divina y al amor de Dios, a la santidad, a la salvación. Nadie puede ganarse a sí mismo sin volverse hacia El.

4. En Cristo están unidos el cielo y la tierra; En El el mundo ha vuelto a la intimidad de Dios. En la Encarnación del Hijo de Dios ha empezado la salvación. Es cierto que no se terminó entonces. La vida de Dios en Cristo existe en el modo de existencia de la naturaleza humana; y no se resume en la plenitud de un momento, sino que se extiende a todo el transcurso de la vida del hombre, es decir, a la necesidad y penuria, a la debilidad y a la fatiga de la existencia humana; al hambre y a la sed, al cansancio y a la muerte. En esta forma primitiva de existencia realiza el Hijo de Dios su vida, que es la vida de Dios aparecido entre nosotros; toma sobre sí la caducidad humana, incluso la muerte, y las vence. Con su muerte mata a la muerte; esto se hace patente en su Resurrección y subida a los cielos. Es evidente que su vida no se agota en lo externo, sino que en ella ocurre un misterio: el de nuestra salvación; porque en cada paso de esa vida está obrando la vida de Dios aparecida entre nosotros. Mientras dura su vida apenas puede observarse: sólo de vez en cuando cruza el espacio—como un relámpago—, en la curación de enfermos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de muertos; entonces los interesados viven y sienten con temor y alegría que hay entre ellos alguien que tiene poder sobre la miseria y caducidad humanas. *La mismidad de Cristo se realiza completamente en su acción*, en las obras que hace. El Hijo de Dios que soporta la vida humana hasta la muerte en cruz

MICHAEL SCHMAUS

es la salvación a que nos agarramos, el camino que debemos recorrer. No pueden, por tanto, separarse Persona y Obra de Cristo. Este acontecimiento histórico tiene un carácter muy particular: Cristo, con su vida y muerte, niega a la muerte y a la caducidad.

Y al contrario: su vida y muerte tiene el poder de traer una vida inmutable, *porque es la muerte de Este hombre*. Quien está asido a Cristo por la fe se une al que, atravesando el dolor y la muerte, logró la Resurrección y Subida a los cielos. Aunque la Persona y la obra de Cristo se pertenezcan mutuamente hay que hacer de ellas, sin embargo, una explicación clara y ordenada en la que no pueden estudiarse ambas juntas, sino una después de otra; hay que separar lo que en la realidad está íntimamente unido. Hay que hablar primero de lo que esa vida nos trajo con su muerte y Resurrección y después hay que hablar del misterio mismo de la vida en Cristo. No hay que olvidar su obra y su Persona.